



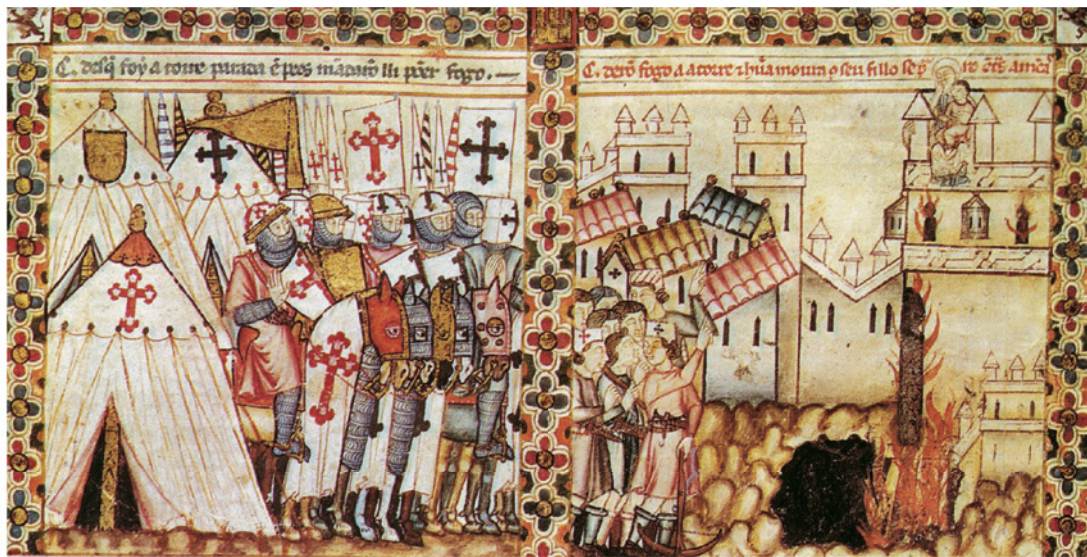
Giovanni da Milano, políptico, siglo XIV. Detalle de la Virgen dictando a San Bernardo de Claraval, Prato, Galleria Comunale. El gran místico del siglo XII acuñó la ética religiosa en la que se inspiró la orden del Temple y, de acuerdo con algunas reconstrucciones recientes, también fue el autor de la regla aprobada en el Concilio de Troyes (1129).



Cressac, Charente (Francia), Capilla de los templarios. Fresco del siglo XII. Podemos observar el uniforme de un caballero del Temple.



G. de Genouillac, grabado a la acuarela, 1878. La ilustración representa al último gran maestro del Temple, Jacques de Molay.



Miniatura del código de las *Cantigas* de Alfonso el Sabio, Florencia, Biblioteca Nazionale. Se representa un campamento cristiano en Tierra Santa con caballeros templarios y teutónicos en uniforme de guerra.

Barbara Frale

Los templarios



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *I Templari*
Traducción de Marco Aurelio Galmarini

Primera edición: 2008
Segunda edición: 2016
Segunda reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Efigies de caballeros templarios (*detalle*).
Iglesia del Temple, Londres
© AGE Fotostock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2004 by Società editrice il Mulino. Bologna
© de la traducción: Marco Aurelio Galmarini, 2008
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-419-2
Depósito legal: M. 11.500-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	1. Jerusalén, el Santo Sepulcro y el Temple
34	2. Una orden de santos guerreros
69	3. El código de honor de los templarios
110	4. Al servicio de Tierra Santa
152	5. Entre el yunque y el martillo. El Papado, Felipe el Hermoso y Jacques de Molay
191	6. Bajo proceso
243	Nota bibliográfica
261	Índice onomástico

*A Salvatore Maracino,
a su gran y libre corazón de boloñés.*

1. Jerusalén, el Santo Sepulcro y el Temple

El Alfa y la Omega

Yeshua ben Mariam había muerto en Jerusalén el 7 de abril del año 790 de la fundación de Roma, decimonoveno del reinado del emperador Tiberio; sus discípulos –que, procedentes de todas las regiones circundantes, se habían reunido para seguirlo– se sintieron conturbados por la pérdida de su guía, pero muy pronto, una vez comprobada la resurrección de su Maestro, como se había predicho, reanudaron la actividad religiosa con gran energía.

Así las cosas, mientras el ciudadano romano Saulo de Tarso difundía el mensaje de la nueva doctrina cristiana por el mundo grecolatino y el viejo pescador Simón Pedro evangelizaba la capital del Imperio con la fundación de la Iglesia de Roma, los discípulos que permanecieron en territorio jerosolimitano recogieron sin demora todos

los vestigios del paso de Cristo por la Tierra y se dedicaron a recordar de una forma ordenada los acontecimientos de su predicación y de la Pasión en relatos que llevaban el título augural que el propio Jesús había indicado: anuncio de alegría, esto es, *evangelio*.

La comunidad cristiana de Jerusalén señaló con precisión los lugares en los que habían tenido lugar las enseñanzas y el sacrificio de Jesús, en particular los relacionados con su muerte, de manera que con el paso del tiempo pudieran ser reconocidos con certeza y venerados; una tradición indicaba que la propia madre del Maestro –después de haberse cumplido los acontecimientos prodigiosos que se anunciaban en las Escrituras– había recorrido todos los lugares de la Pasión en Jerusalén para celebrar, con ese recuerdo doloroso, una suerte de peregrinación simbólica a los acontecimientos cardinales de la nueva fe.

La persecución de que fueron objeto los cristianos de Jerusalén obligó a muchos a huir a zonas limítrofes e hizo aconsejable el traslado de las principales reliquias a un lugar más seguro; se consideraba que estas reliquias eran signos de una herencia tangible legada en un acto de misericordia al pueblo consternado para que su fe nunca se debilitara.

Por su parte, el Imperio de Roma, convertido a la religión cristiana bajo el mandato de Constantino, miraba con gran nostalgia los lugares de Tierra Santa. La emperatriz madre Elena –más firme en sus opciones religiosas que su hijo, que había abrazado el cristianismo sobre todo por oportunismo político– invirtió muchas energías en una meticulosa exploración de la ciudad de Jerusalén

en busca de vestigios de Cristo, en lo que constituyó un verdadero trabajo arqueológico: estudiar los antiguos testimonios y las tradiciones locales para luego sacar a la luz los restos de los lugares de la Pasión.

La consecuencia de tal empeño fue el hallazgo del madero de la Vera Cruz, además de muchos otros testimonios y vestigios de diversa importancia, pero muy sugerentes. Constantino solemnizó el culto haciendo construir la grandiosa basílica del Santo Sepulcro, precisamente en el jardín de José de Arimatea, donde se había depositado el cadáver de Cristo y donde había tenido lugar la Resurrección. A partir de entonces, toda la cristiandad –la de Oriente y la de Occidente–, ávida de contacto físico con el sepulcro de Cristo y ansiosa por respirar la aureola de sacralidad que envolvía íntegramente a Jerusalén, la ciudad de Dios, jamás dejó de ir a Palestina en busca de su propia respuesta interior.

Durante el siglo VII, la expansión islámica arrebató la región a los emperadores bizantinos y Jerusalén quedó sometida al gobierno de los árabes, quienes, pese a la violencia de la fase de conquista, mantuvieron luego una actitud de relativa tolerancia con la religión cristiana, incluidos sus lugares sagrados. Los cristianos estaban obligados a pagar un impuesto especial por el hecho de ser extranjeros infieles (*dhimmi*), pero podían continuar practicando su culto. Cuando con Carlomagno se crea en Europa el Sacro Imperio Romano, el emperador se preocupó también de tutelar en todo lo posible a la población cristiana que vivía en Jerusalén bajo dominación islámica; la hábil diplomacia imperial consiguió firmar un tratado con el califa de Bagdad Harún-al-Rashid, en

virtud del cual se reconocía a Carlomagno el papel de Protector del Santo Sepulcro, de modo que durante más de doscientos años las peregrinaciones de los cristianos a Jerusalén pudieron desarrollarse sin dificultades.

A principios del siglo XI, la región de Palestina pasó a manos del califa fatimí de Egipto, lo que rompió esa ya antigua tradición de relativa tranquilidad. En 1009, las autoridades islámicas de Siria decretaron el saqueo de Jerusalén y la destrucción del Sepulcro, lo que generó un terrible recrudecimiento del fanatismo que se abatió con gran violencia sobre los lugares de culto cristiano.

En Occidente, el anuncio de estas devastaciones tuvo una profunda resonancia, pese a lo cual, y contrariamente a lo que podría imaginarse, las peregrinaciones a Tierra Santa no menguaron en absoluto; al contrario, se intensificaron de manera sensible, como si la conciencia de correr un gran riesgo hiciera más heroico y meritorio el voto de los peregrinos.

Rodolfo el Lampiño y otros escritores de aquella época se preguntaban, no sin perplejidad, por la causa de tan singular afluencia de peregrinos, que en la primera parte del siglo XI lo dejaban todo para marchar a Tierra Santa. Estaban convencidos de que una fuerza sobrenatural debía impulsar a aquel peligroso viaje no solamente a los pecadores públicos, que habían de expiar pecados muy graves, o a los desheredados que no encontraban lugar en la sociedad occidental de la época, sino también a los grandes señores feudales, que se arriesgaban a aventurarse en lo desconocido dejando atrás una existencia privilegiada.

Muchos nobles como Guillermo –conde de Angulema–, Roberto el Magnífico –duque de Normandía– y

Gunther de Bamberg se habían puesto en camino hacia Jerusalén entre 1026 y 1065, llevando consigo su propio séquito de fieles y hombres armados. La nueva situación de violencia que se produjo en Tierra Santa a finales del siglo conmovió el imaginario colectivo de Europa y se mezcló con el recuerdo de las devastaciones del pasado; era como si el mal mismo, identificado con el invasor y profanador pagano, propulsara al pueblo cristiano hacia el ataque definitivo que precede al fin de los tiempos.

Tiempo atrás se había realizado una profecía: el abad Adson de Montier-en-Der (910-992) había predicho en su *Libellus sobre el Anticristo* que el último rey de los francos –que era precisamente quien recibiría en sus manos todo el poder del Imperio de Roma– iría a Jerusalén y allí, en el Monte de los Olivos, depondría el cetro y la corona. De esta manera se anunciaría el fin de los tiempos, que culminaría con la llegada del Anticristo y las vicisitudes del Juicio Final. Esta antigua profecía había retomado fuerza debido a los dramáticos acontecimientos de Oriente, y en la conciencia colectiva de la época se abría paso el deber de ir a la ciudad de Dios para esperar allí el fin de los días y asistir al misterio de la Redención.

En las mentes resonaban los ecos de las Sagradas Escrituras y el miedo al fin del mundo, que se había experimentado recientemente al llegar el año 1000 y que continuaba fascinando profundamente a las masas en las palabras del Apocalipsis:

Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo [...] «Ésta es la morada de Dios con los hombres.

Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo, y él, Dios-con-ellos, será su Dios» [...] Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin. (21-22)

Una tierra prometida que arrebatar a los infieles

En el año 1071, las tropas del emperador bizantino Alejo Comneno fueron vencidas cerca de Manzikert por los turcos, quienes, tras esta derrota cristiana, se expandieron por todo el Oriente Medio; la llegada de los nuevos conquistadores sumió a Palestina en una situación de caos y anarquía, a tal punto que los viajeros de la época tenían la impresión de que las ciudades de la región pertenecían cada una a un amo distinto. El patriarca griego Simeón, que vivía en Jerusalén, consideró más prudente abandonar la ciudad con su clero y retirarse a la isla vecina de Chipre; las peregrinaciones se volvieron muy peligrosas porque los caminos estaban plagados de bandidos sarracenos que robaban y a menudo asesinaban a los viajeros.

Desde hacía siglos, los emperadores de Constantinopla eran considerados los protectores de Jerusalén y de Tierra Santa, misión que siempre habían tratado de cumplir con honor, como atestiguan los tratados acordados con los gobernadores islámicos de la ciudad para reconstruir la basílica del Santo Sepulcro tras su destrucción de 1009, así como para asegurar, por medio de la diplomacia, un mejor trato a la población cristiana que residía en ella.

El mismo año de Manzikert, el emperador Alejo Comneno también tuvo que hacer frente a los normandos,

que habían conquistado Bari y trataban de arrebatarse a Constantinopla un vasto territorio en Italia meridional; atacado en dos frentes por distintos enemigos y preocupado por la expansión del peligro turco en el sector oriental, Alejo envió al papa Gregorio VII varias solicitudes de auxilio para que animara a la población del Occidente cristiano a viajar en apoyo de las tropas imperiales y oponerse al avance islámico.

En aquella época, la Iglesia de Roma se hallaba en un momento delicado, de precariedad institucional. Después de la gran crisis que había debilitado el poder del Papado entre el pontificado de Esteban VI (896-897) y el de Juan XII (955-964), cuando el cargo quedó bajo el dominio de las poderosas familias de la aristocracia romana –a la que pertenecía la influyente Marozia, mujer que con sus escandalosas intrigas decidió la elección y el proceder de diversos pontífices–, los emperadores alemanes de la dinastía otoniana asumieron la tarea de reformar el Imperio y restablecer el orden en el seno de la sociedad cristiana. Otón III, en particular, había erigido para el solio pontificio, con el nombre de Silvestre II, a su culto preceptor Gerbert d’Aurillac, y había ayudado al Papado a recuperarse de su profunda crisis moral. La muerte de Otón III, acaecida en Viterbo en 1002, no detuvo el proceso de reforma en el seno de la Iglesia de Roma, que proseguirá en las décadas siguientes y culminará bajo Gregorio VII.

Gran defensor de la supremacía romana, en tanto que consecuencia directa de la herencia de Pedro, a quien el propio Cristo eligiera como cabeza de su Iglesia, Gregorio tuvo que luchar mucho tiempo contra las injerencias

del poder laico del emperador Enrique IV en el ámbito eclesiástico y combatir la insubordinación de muchos obispos católicos que se alinearon del lado imperial. Mientras el papa centraba todo su empeño en hacer frente a la oposición política en el seno de la Iglesia en Europa, recibió la solicitud del emperador bizantino de ayuda contra los turcos y trató de organizar una expedición militar, para lo que requirió la intervención de algunos grandes señores feudales de Occidente que habían prestado solemne juramento de fidelidad al Papado.

La misión exigía meses o tal vez años de ausencia de su tierra, durante los cuales las familias y los bienes de los señores ausentes podían ser objeto de agresiones y robos, y la propia vida de quienes partieran para combatir a los turcos correría serios peligros. Por esos motivos, el papa impartió una bendición especial a los señores feudales dispuestos a obedecerle, en la que se proclamaba que la actividad militar de éstos era un servicio en honor de San Pedro, y que por tanto obtendrían la doble ventaja de los bienes materiales arrebatados a los infieles y la merecida vida eterna.

Aunque Gregorio VII había pensado encabezar personalmente la expedición de auxilio a Tierra Santa para liberar el Santo Sepulcro, en 1085 murió sin haberse ocupado nunca de los detalles organizativos de la misión de socorro a Oriente. No obstante, en pocos años este audaz proyecto no sólo habría de verse realizado, sino realizado en proporciones tales que superarían ampliamente las esperanzas del pontífice.

Liberar el Santo Sepulcro y pacificar Europa

A comienzos de 1095, el papa Urbano II partió de Roma e invitó a todas las figuras principales de la cristiandad occidental a unírsele en la ciudad de Piacenza, donde tendría lugar el primer gran concilio de su pontificado.

Otón de Lagery, descendiente de una nobiliaria familia francesa, había recibido una sólida educación en la escuela catedralicia de Reims. A los veintiocho años decidió entrar en el monasterio de Cluny, del que luego pasó a Roma, donde muy pronto se distinguió por sus cualidades y fue designado cardenal obispo de Ostia. Gregorio VII lo apreció mucho como legado en su difícil política y lo tuvo junto a él durante los últimos años de su tormentoso pontificado. Otón ascendió al solio pontificio en marzo de 1088 con el nombre de Urbano II; era un hombre capacitado, de modales corteses y elocuencia persuasiva y, si bien no poseía la fuerza de carácter que había distinguido a Gregorio VII, tenía en cambio gran experiencia diplomática y era un gran promotor de la concordia.

En Piacenza –donde el papa debatía muchos de los graves problemas a los que la Iglesia tenía que dar solución, como la simonía (una auténtica plaga) y el escándalo del adulterio del rey de Francia– fue donde los embajadores del emperador bizantino le transmitieron la solicitud de asistencia militar. La situación se tornaba cada vez más peligrosa, porque Constantinopla carecía de tropas suficientes para defender el inmenso territorio del Imperio, y la amenaza turca había renovado el estado de emergencia. Los embajadores eran hombres expertos,

plenamente conscientes de qué cuerdas debían tocar para conmover la sensibilidad del pontífice, y por eso insistieron en los detalles de las atrocidades padecidas por los cristianos en Jerusalén a manos de los turcos. Además, dieron a entender al pontífice que Alejo Comneno apreciaría notablemente su esfuerzo por enviar soldados como refuerzo del ejército imperial, hasta el punto de que las relaciones entre la Iglesia de Constantinopla y la Santa Sede se verían enormemente beneficiadas.

Urbano, lo mismo que el resto de sus predecesores, se había esforzado por cerrar la ruptura que se había producido en el seno de la cristiandad en 1054, año en que las permanentes divergencias doctrinarias desembocaron en un incidente diplomático entre el legado pontificio Humberto de Silvacandida y el patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, que condujo al gran cisma de Oriente y a la proclamación de una Iglesia bizantina autónoma. Después de la excomuniación lanzada sobre los emperadores se produjeron tímidos intentos de acercamiento, y ahora Alejo Comneno tendía la mano al papa para solicitar su ayuda, pero también para proponer un acto de reconciliación.

Mas había otra cuestión que preocupaba al papa y que tal vez le turbaba más que los lejanos acontecimientos de Constantinopla: la sociedad europea estaba conmocionada por la inusitada violencia de las mesnadas que luchaban continuamente entre sí, destruían los cultivos, depredaban las aldeas y mataban a los indefensos –incluso a los sacerdotes–, a menudo sin otro motivo que la codicia del botín. En muchos casos, se trataba de segundones de familias nobles a los que la antigua costumbre de

la ley sálica, todavía vigente en Francia, privaba por completo de la herencia paterna, que pasaba a beneficio exclusivo del primogénito; se ponían entonces al servicio de señores más poderosos, o bien se avenían a hacer de mercenarios y lanzaban indiscriminadamente razias en perjuicio de propietarios ricos, aldeas pobres e iglesias.

Hacía tiempo que los obispos trataban de limitar estos actos de violencia comprometiendo a los guerreros a caballo a solemnes juramentos de paz, con el fin de que se respetara al menos a los pobres, los desarmados y las fundaciones religiosas; las «treguas de Dios» se habían repetido durante todo el siglo XI con el único resultado de una momentánea contención de la oleada de saqueos y homicidios, pero no consiguieron resolver el problema. Inevitablemente, tras las solemnes promesas venía el fin de la paz, y la maldición de la Iglesia a los asesinos no bastaba para frenar su periódica violencia.

El papa acababa de partir hacia Francia para presidir un concilio cuyo fin era declarar la enésima tregua de Dios; pero dada la experiencia, no alimentaba demasiadas esperanzas al respecto. No obstante, ya que el emperador bizantino requería tropas occidentales para reforzar su ejército y poder bloquear el avance turco, se podría admitir como socios en la empresa de Tierra Santa a estos grupos militares que infestaban la Europa que otrora el Imperio carolingio mantuviera unida, e invitarlos a desencadenar toda la violencia de la que fueran capaces sobre los infieles que masacraban a los cristianos de Oriente y profanaban sus lugares de culto.

Tal vez Urbano II había reflexionado sobre esta hipótesis durante el largo viaje a la ciudad de Clermont-Fe-

rrand, a la espera de comprobar qué cariz tomaban los trabajos conciliares; y sólo el último día, una vez aclaradas todas las cuestiones que había que discutir, se armó de valor y apeló a sus dotes de persuasión para lanzar su audaz proyecto.

Las palabras del papa abordaban abiertamente la cruda realidad de esos grupos de soldados violentos; el pontífice no se hacía ilusiones acerca de ellos y sopesó el discurso a fin de hacer evidentes todas las ventajas materiales que la expedición reportaría. Arrebatarse Tierra Santa a los turcos significaba la conquista de otra patria, de una posición social prestigiosa para todos aquellos que no encontraban un lugar satisfactorio en los territorios de la cristiandad occidental; era la posibilidad de arrancar un rico botín al enemigo infiel y de fundar nuevos feudos donde poder asentarse de manera estable. Pero la guerra contra el enemigo islámico era algo más que eso, era la derrota del enemigo de Cristo y del asesino de los hermanos cristianos.

El objetivo de Urbano II era sensibilizar a los nobles laicos y a los militares presentes para que se incorporaran como tropas auxiliares al servicio del emperador bizantino. Y, ante su gran sorpresa, la multitud que asistía al concilio respondió de una manera completamente imprevista.

«*Venerunt gentes*»

El papa anunció que el martes siguiente, 27 de noviembre de 1095, daría a conocer un anuncio extraordinario

y que ese día el trono pontificio debía montarse sobre una plataforma a campo abierto, en el exterior de la puerta oriental de la ciudad de Clermont, porque la gente que acudiría a escucharlo no entraría en la catedral, donde hasta ese momento habían tenido lugar las sesiones del concilio. No conocemos con exactitud sus palabras, pero sabemos que un entusiasmo irrefrenable se apoderó de la multitud y que Urbano se vio obligado a interrumpir muchas veces el discurso porque el pueblo, que gritaba «¡Dios lo quiere!», lo hacía inaudible.

El obispo de Le Puy se arrojó inmediatamente a los pies del papa y fue el primero que pidió unirse a la expedición; el cardenal Gregorio cayó de rodillas recitando el *Confiteor* y todo el inmenso auditorio lo imitó. Hubo que contener el entusiasmo de la gente, que pretendía hacer ya el voto de cruzada; se estipuló que los sacerdotes no tomaran la iniciativa de partir sin permiso de su obispo y que las mujeres no fuesen solas; en cuanto a los jóvenes casados, se impusieron ciertas limitaciones para no correr el riesgo de comprometer el recambio generacional.

En los meses siguientes, un monje llamado Pedro el Ermitaño, que ya había peregrinado a Jerusalén y había conmovido a los oyentes de sus predicaciones con el relato de los sufrimientos que los cristianos padecían por entonces en Tierra Santa, partió de la región francesa de Berry y se encaminó hacia Europa central y oriental, donde recogió nuevas adhesiones a la cruzada; cuando llegó a la ciudad de Colonia, había reunido bajo su liderazgo a cerca de 15.000 personas; a continuación llegaron más, procedentes de otras zonas de Alemania.

Urbano II continuó su predicación con gran energía, cruzando en persona toda Francia en una intensa actividad sinodal: Limoges, Poitiers, Angers, Le Mans, Sain-tes, Burdeos, Toulouse y Nîmes. El llamamiento atravesó las fronteras geográficas del país e inflamó a Europa entera, de cuyos territorios, sin excepción, partían peregrinos en viaje a Tierra Santa cantando el lamento del salmo LXXVIII:

¡Oh Dios, los gentiles han invadido tu heredad,
han profanado tu Santo Templo,
han dejado en ruinas Jerusalén!

El pueblo y los caballeros de modesta condición se pusieron en marcha en seguida; los grandes señores y los nobles partirían un poco más tarde, apenas hubieran tomado los cuidados para preservar su patrimonio familiar; los bienes y los parientes quedaban bajo la protección solemne de la Iglesia, pero el tenor de los tiempos incitaba a tomar precauciones más concretas.

Se produjeron episodios de vileza, como saqueos, y de locura colectiva, como las masacres de judíos en Alemania, engaños por parte del emperador bizantino y numerosas defecciones... No obstante, cualquier intento de reducir la cruzada a una mera estrategia política es un error historiográfico.

La sociedad que recibió la llamada de Clermont ya había sido atravesada por un profundo despertar de la piedad popular, en estrecha conexión con la reforma de la Iglesia promovida en las décadas centrales del siglo XI por las heroicas personalidades de religiosos como Pe-

dro Damián; hubo oleadas de conversos y un flujo masivo de peregrinos a Jerusalén, pese a la multiplicación de los riesgos del viaje.

De 1085 a 1095, una década de calamidades naturales y escasez se abatió sobre Europa, marcando el imaginario colectivo del pueblo e induciendo a los intelectuales a creer que se aproximaba el fin de los tiempos y a recordar las antiguas profecías sobre la llegada del Anticristo. En 1089 y 1094, dos terribles epidemias de «fuego de San Antonio»* devastaron las regiones alemanas provocando altísimos picos de mortalidad: en Ratisbona y Baviera la enfermedad causó más de 8.000 muertos en doce semanas, y unos obispos que regresaban de la ciudad de Maguncia encontraron tan repleta de cadáveres la iglesia de una aldea, que les fue imposible entrar en ella. La mentalidad de la época no dudaba ni por un instante de la función providencial de esos flagelos para estimular al pueblo a la penitencia y a la redención, y se abrían paso los rumores de señales que inducirían a las masas a convertirse: visiones de cometas, eclipses, prodigios y cruces misteriosas que se formaban sobre la espalda de los caídos al servicio de Dios para poner de manifiesto su elección...

La cruzada fue un fenómeno muy complejo de fe popular que envolvió por completo a la sociedad europea, cautivó a la gente común y comprometió profundamente las actividades de los intelectuales más importantes. Al-

* Término coloquial del ergotismo, enfermedad muy corriente en la Edad Media, provocada por el consumo de alimentos contaminados por hongos parásitos, sobre todo por el cornezuelo, presente sobre todo en el centeno, además de en otros cereales. [Nota del Editor.]